

JUAN MARIA GUTIERREZ

y la verdad histórica

por
Guillermo
Furlong S. J.

ES OPINION ya unánime, establecida por su contemporáneos, y subrayada y generalizada por cuantos se han ocupado de Juan María Gutiérrez, el que, como hombre, era un caballero sin tacha, siempre atento, servicial, ecuánime, justiciero, y hasta tan delicado que podría decirse que, más que un caballero, era una nobilísima dama.

Parece en efecto que así era, aparentemente, en sus modales, en su lenguaje, en su trato externo, pero hay sobradas razones para opinar y para declarar que, en sus al parecer objetivas deducciones, y en sus aparentemente bien fundados asertos, falseó la verdad a sabiendas, tergiversó los hechos para sacar conclusiones pre-establecidas, e intencionalmente estampó los asertos más malignos con tal de arrojar el negro manto de la difamación sobre el catolicismo o sobre España, todos los medios le parecían excelentes, y de todos ellos se valió sin escrúpulo alguno.

Para aquel Juan Manuel del siglo XIV, en el retrato que hace del caballero, la mentira es una de las fallas más feas y que más desnaturalizan al verdadero caballero, ya que "otrosí cumple mucho al caballero, más que otra cosa ninguna, decir la verdad" y la "vergüenza le hará que sufra antes la muer-

te que hacer cosa tan vergonzosa", lo que desgraciadamente no era el caso de Juan María.

Ya en 1919, al ocuparnos del astrónomo Buenaventura Suárez, nos sorprendió ingratamente el que Gutiérrez, después de recordar la tan vasta como trascendental labor astronómica de aquel hijo de la ciudad de Santa Fe, afirmara que desarrolló su brillantísima labor "oscuro y desdeñado de los suyos," de suerte que "la historia científica del P. Buenaventura Suárez es un cargo grave contra la indiferencia de la Sociedad de Jesús, por todo aquello que inmediatamente no redundara en su provecho material"³, y años después⁴ escribimos que "esta afirmación es enteramente inexacta, en cuanto a los superiores de Suárez, y lo es también en cuanto a los demás misioneros del Paraguay, sus colegas en la labor misionera y sus admiradores incondicionales. Quiroga, Chomé, Sánchez Labrador, y Jo-

lís hablan de Suárez con gran elogio y hasta con entusiasmo. Ni uno sólo hemos hallado que despreciara su labor o aminorara su valer".

Sánchez Labrador, el gran naturalista del siglo XVIII, escribe que "el Padre Buenaventura Suárez, por espacio de cinco y más años, sacó puntualmente la longitud del pueblo de San Cosme y San Damián de las misiones guaraníes, como ya dijimos. Después de sus observaciones de las inmersiones y emersiones de los satélites de Júpiter, y de las que, al mismo tiempo en Petrópolis hizo el señor Nicolás de la Isle, concluyó que la longitud de dicho pueblo, desde la isla de Fierro, es la que pusimos, esto es de 321 grados, 45 minutos"⁵.

Estas observaciones las hizo Suárez antes del año 1738, fecha en que terminó su *Lunario*, y cuando no había aún recibido los aparatos astronómicos remitidos desde Europa.

El mismo Sánchez Labrador parece aludir a sus trabajos posteriores, más perfectos, cuando copia unas *Tablas* de Suárez y las precede de estas líneas: "Las más recientes observaciones hizo el Padre Suárez los años de 1746 y 47, por los cuales está sacada la tabla siguiente..."

En otra parte escribe Sánchez que "para poder por las tablas regular las horas, ha-

bremos de añadir otra curiosidad. Pónela el Padre Buenaventura Suárez, insigne astrónomo y misionero de la provincia del Paraguay en su "Lunario de un siglo".

Lozano, en su celebrada *Historia de la Compañía de Jesús en el Paraguay*, escribe que la ciudad de Santiago de Chile está "situada en el amenísimo valle de Mapocho en 34 grados de altura, según dice el Padre Ovalle: Aunque el Padre Ventura Suárez, insigne matemático de esta nuestra provincia del Paraguay, observando allá el Sol, halló sólo 32 grados justos".

Al Padre Domingo Muriel, último provincial de la provincia del Paraguay y egregio polígrafo, como lo demuestran sus voluminosos escritos, debemos uno de los testimonios más elocuentes que poseemos acerca de Suárez y de su labor. En su preciosa obra intitulada *Rudimenta Juris Naturae* publicada en lengua latina, en 1791 y traducida y publicada en lengua castellana por la Universidad de La Plata en 1911, leemos un triple elogio de los méritos de Suárez como astrónomo.

Si todo esto prueba que no vivió "oscuro y diseñado de los suyos", existe una realidad bien documentada de que la "historia científica" del Padre Buenaventura Suárez lejos de ser "un cargo grave contra la indiferencia de la Sociedad de Jesús", es una estupenda prueba del interés que ella tomó para favorecer al astrónomo santafesino, y tacha de inverecundo mistificador al que se atrevió a inventar una enorme falsedad, y deducir de esa falsedad una conclusión tan difamante, como es el decir que la Sociedad de Jesús se desentendía "por todo aquello que inmediatamente no redundara en su provecho material".

La prueba que tritura los asertos de Juan María Gutiérrez, es que, desde 1739 se preocuparon los superiores de Suárez en traer de Europa los mejores aparatos, que entonces hubiese, para modernizar el Observatorio que había instalado Suárez, y en julio de 1745 llegaron a Buenos Aires, procedentes de Inglaterra, dos relojes de precisión y dos telescopios, el uno de 12 y el otro de 24 palmos, y "los suyos" que tanto deseñaban al "olvidado" astrónomo, desembolsa-

ron 98.400 pesos por esos aparatos, a fin de secundar los estudios de aquel sabio varón.

Felizmente esta falsía, acuñada y propalada por Gutiérrez, no tuvo eco alguno, tal vez porque era evidente la mala fe y la intención aviesa de quien la fraguaba, pero hay otro aserto suyo que ha hecho fortuna y se repite de continuo, no obstante ser tan falso como el anterior.

No en vano aseverábamos años atrás¹⁰ que "bellamente, no menos que bellacamente", escribió Juan María Gutiérrez¹¹, que "los pueblos misioneros, cual se deshacen las colmenas, cuando muere la abeja, que encierran en su organización los misterios secretos de la comunidad, que es la reina, así las Reducciones, o los indios que moraban en ella, desaparecieron a la salida de los Curas o misioneros". Aunque inverosímil, esta afirmación era para Gutiérrez, como él agrega para dar más fuerza a su aserto "una de las verdades conquistadas ya para la historia". Desgraciadamente la forma literaria con que solía él ataviar sus errores, y el lenguaje tan apodíctico, de que solía valerse, ha inducido a muchos otros escritores a repetir este aserto, tan infundado y tan falso.

Pocos escritores han disparatado tan lastimosamente al ocuparse de las Reducciones de Guaraníes como Azara en el siglo XVIII y Gutiérrez en el XIX, y como toda la ciencia o anticiencia del segundo se basaba en la del primero, una y otra vez anota Gutiérrez que el juicio de Azara "era completamente imparcial y desapasionado" y que en lo tocante a cuanto escribe sobre los jesuitas "ha conquistado su crédito de imparcial en esta materia"¹². Así respaldaba Gutiérrez al gran embustero aragonés.

Dos historiadores, contemporáneos nuestros, han puesto de manifiesto la total falsía que entraña aquella afirmación de Gutiérrez. Antonio Monzón¹³, además de asentar la continuidad de las comunidades en los diversos pueblos, ha negado el regreso de sus componentes a las selvas, no obstante la situación poco favorable que, después de 1768, hubo en ellos para la vida. "Lo único cierto, escribe Monzón, es que buena parte de los antiguos discípulos de Loyola, ante condiciones desfavorables en seis territorios ganaron los princi-

pales centros poblados de aquel entonces: Buenos Aires, Montevideo, Asunción, Santa Fe, etc., siendo ocupados en los diferentes oficios mecánicos, que les habían legado los jesuitas".

Por su parte, el historiador José María Mariluz Urquijo¹⁴, ha aquilatado los asertos de Gutiérrez y de Monzón, y ha declarado que cuanto escribió el primero, es tan falso, como cierto es lo escrito por el segundo, "pero es bueno, nos dice él, probarlo con documentos" y así lo ha hecho en un meduloso estudio sobre Los Guaraníes después de la expulsión de los Jesuitas.

"A los historiadores, escribe Mariluz Urquijo, que, cegados por sus prejuicios, pretendieron subestimar la obra de la Compañía de Jesús en sus misiones guaraníes, no se les ocultó que era imposible negar los adelantos materiales alcanzados por los indios, bajo el gobierno de los Padres. Las ruinas de los templos, las tallas dispersas en museos y colecciones, los libros impresos en los pueblos, los inventarios de temporalidades, eran testimonios irrecusables del alto nivel cultural, a que llegaron las Misiones, y el naufragio general, producido después del extrañamiento, confirmaba que esa realidad fue producto del esfuerzo de la Compañía.

Pero precisamente en esa ruina que siguió a 1768, se buscaron argumentos para combatir a la milicia ignaciana. Lo que no era sino un efecto de la malhadada resolución oficial, fue convertido en una "prueba" de la falacia del régimen jesuítico, y lo que constituía la más cabal justificación de la Compañía, fue presentado como uno de sus pecados, llegándose así a la extraña paradoja de achacarse a ellos el fracaso que obtuvieron sus enemigos cuando quisieron redimir a los indígenas.

Por arte de Birlibirloque se hacía cargar a la víctima las culpas de sus perseguidores. Los jesuitas —se dijo—, sólo dieron a los indios los conocimientos indispensables para aprovecharse mejor de su trabajo. Toda la educación fue calculadamente enderezada a reformar el espíritu de sus pupilos, hasta obtener la sumisión y docilidad que apetecían. Y el abatimiento posterior de las misiones sería la mejor demostración de que sólo dieron a los indios un

barniz civilizador que desapareció no bien abandonaron su dirección".

Pero el hecho cierto es que las Reducciones continuaron existiendo, después de 1768, a pesar de los medios demolidores, de que se valieron los enemigos de los jesuitas, para destruirlos. Los indios, en su inmensa mayoría, siguieron viviendo en sus pueblos, no obstante carecer de misioneros que los entendieran, y de administradores que los atendieran. Perseveraron en sus artes y oficios, y hasta en sus tradicionales fiestas cívicas y religiosas, siendo así que les faltaba un Cura animador y protector, como habían tenido hasta 1768. De los que salieron de los pueblos, despoblándolos, algunos tal vez volvieron a los bosques, aunque no consta ni de uno solo, pero los más pasaron a las ciudades de los españoles, donde en no pocos casos fueron elementos de cultura.

Cuando en 1802, y a requerimiento de algunos Administradores, se trató de obligar a los prófugos a retornar a sus pueblos de origen, se consultó al entonces fiscal de la Real Audiencia de Buenos Aires y protector de naturales, Manuel Genaro de Villoslada, y éste, aunque reconocía que las Leyes de Indias así lo prescribían, salvó la libertad de los indígenas al manifestar que "no se hallen establecidos ventajosamente en alguna población, y que por sí solos pueden atender a la subsistencia de sus familias, bien sea con el producto de la hacienda, que pueden haber adquirido, o con el ejercicio de algún arte o profesión útil", cual era el caso de los que habían bajado a Buenos Aires o pasado a otras ciudades del Virreinato¹⁵. El 14 de junio de 1802 una resolución virreinal, de acuerdo con el dictamen de Villoslada, reconoció oficialmente la situación creada por centenares de indios misioneros, que, ante la incompreensión de sus Curas y ante los maltratos de los Corregidores, habían escapado de sus pueblos para engrosar la población de otros distritos del Virreinato, y los eximió del regreso forzoso.

Este documento, aducido por Mariluz Urquijo, prueba plenamente el aserto de Monzón, aserto que está en las antípodas de lo aseverado por Juan María Gutiérrez, pero el mencionado historiador aduce otras pruebas no me-

nos valederas, como la emigración desde Santo Angel, procurada y realizada por Gómez Freire, de 2.000 familias, según Oyarvide, o de 700 familias, según aserto más probable, de Aurelio Porto, las cuales fueron llevadas al Brasil, con fines colonizadores. Con ellas, el Capitán Antonio Pinto Carneiro fundó la aldea de Nossa Senhora dos Anjos.

El buen trato que a estas familias dieron los portugueses y el haber difundido ellos la especie de que España los

había traicionado en la Guerra Guaranítica y, más aún, con la expulsión de los Jesuitas, sustituyendo a éstos con rapaces administradores, fue causa de una fuerte emigración al Brasil, emigración que los lusitanos de las partidas demarcadoras de 1777 facilitaron, con grande ventaja de los lusitanos y no escasa desventaja de los españoles.

Andrés de Oyarvide, en su **Memoria geográfica**, nos informa¹⁶ que, con motivo de estar los comisionados portugueses estacionados, en San



"Divertimento" musical en casa con

**ORGANOS
ELECTRONICOS**

FARFISA



FARFISA es el resultado de la investigación y desarrollo del tono en el órgano electrónico y los diferentes generadores de sonido. Organos electrónicos FARFISA, de fácil aprendizaje, ideales para todo tipo de música, un "divertimento" musical para Ud. y los suyos.

**ORGANOS
ELECTRONICOS
FARFISA EN**

Aceptamos su piano
en parte de pago.

Casa América

El hogar de la música

Av. de Mayo 959-979 - Buenos Aires

Juan y Santo Angel, hacían repetidos viajes a Río Pardo industriándose para extraer gran porción de caballos y mulas y para "llevarse familias enteras de estos dos pueblos, que por esta causa es notable su decadencia desde la entrada de tales huéspedes y casi irremediable interin permanezca en esta provincia". Y continúa diciendo que los prófugos levantaban sus nuevos hogares en Río Pardo, Viamon y Río Grande, "dedicándose los más despiertos al servicio de las armas y los otros, excepto que sean de algún oficio particular, que son los que más, procuran inducir, se emplean al trabajo de las chacras y peones de carretas, como se ve de manifiesto".

Esta versión se halla confirmada en fuentes portuguesas. Aurelio Porto, en su excelente "Historia das Missões Orientais do Uruguay"¹⁷ afirma que, después del Tratado de San Ildefonso, se acentuó la penetración de los portugueses de Río Pardo y Cachoeira, en la zona fronteriza, y aumentó la desertión hacia el Brasil "de innumerables familias procedentes de los Pueblos, que van a aumentar la población de las estancias rurales, produciéndose así, en la comparación del trabajo libre y el de las Misiones (bajo la férula de los Administradores) un fuerte sentido de haberse libertado de la tutela de aquellos codiciosos administradores, que habían reemplazado a los jesuitas.

A fines del siglo XVIII, agrega Mariluz Urquijo, continuaba la corriente emigratoria. El cabildo de San Juan Bautista exponía en 1799 los males que afligían al pueblo, y pedía se prestara inmediato auxilio "antes que se acabasen de expatriar los naturales, por la escasez de alimento y vestuario, al Reyno de Portugal y a otros parajes adonde salen continuamente dejando los maridos a las mujeres e hijos, y éstos a aquéllos". Algunos de los fugitivos, no contentos con el semiaislamiento, en que vivían los contratados por los estancieros, levantaban villorios, en los que podían mantener la vida de relación, a que habían sido acostumbrados. El brigadier Francisco Joao Roscio, en su *Compendio Noticioso do Continente do Rio Grande do Sao Pedro*, publicado en la *Revista do Instituto Histórico e Geográfico do Rio Grande do Sul*, habla de

algunas de estas aldeas, entre ellas una grande establecida en las márgenes de río Gravatahy, provocada con aquellos indios que se tem retirado das setas Missões ou Aldegas do Uruguay".

Es inconcebible que un hombre tenido por culto y honrado, sin citar un solo documento y sin aducir una sola prueba, haya podido, no ya escribir lo errado y falso, lo que es harto posible, dadas las limitaciones humanas, sino aseverar que eso falso era "una de las verdades conquistadas ya para la historia".

Podrá alguien pretender salvar el buen nombre de Juan María Gutiérrez en los asertos suyos que acabamos de recordar, pero hay una tercera aseveración en la que la mistificación es tan patente que no hay como interpretar o salvar la intención o proceder de aquel gran mistificador de la historia nacional, tan adverso a todo lo correspondiente a la época hispana.

Manuel Moreno, en la biografía de su hermano Mariano, en la que hay tantos errores de toda índole, y en la que para los estudiosos del Colegio de San Carlos no hay sino frases despectivas, siendo así que un cultísimo caballero inglés, Mr. Constance Davies, que conoció de cerca, el dicho Colegio como la Universidad de Córdoba, los comparó con Oxford y aseguró que "nearly the same mode of study is adopted", y por otra parte no era San Carlos el único centro de estudios superiores que había en Buenos Aires, ni era siquiera el que contaba con más alumnos, ya que según la estadística de Basavilbaso, eran cuatro los centros de esa índole:

El Colegio de San Carlos con 18 alumnos de Filosofía.

El Convento de Santo Domingo con 18 alumnos de Filosofía.

El Convento de S. Francisco con 13 alumnos de Filosofía.

El Convento de la Merced con 29 alumnos de Filosofía.

Total: 78 alumnos.

Cuatro centros con estudios filosóficos, con dos o tres cátedras en cada uno, y con un total de setenta y ocho alumnos, en una ciudad que no pasaba de los quince mil habitantes, es algo muy favorable a la cultura filosófica de la época, ya que, hoy día, como escribíamos, años hace, no es mayor, antes es muy inferior,

a lo menos por lo que respecta al número de alumnos (0,6 en 1775 y 0,2 en 1938).

Juan María Gutiérrez conoció el documento, de que nos valemos para consignar estas estadísticas, pues obra en la sección manuscritos de la Biblioteca Nacional (ns. 2296 y 2315), pero escribió que "en este año de 1773 los que se hallaban en este caso (esto es, cursaban filosofía), estaban en la proporción siguiente:

En el Convento de Santo Domingo: 18;

En el Convento de San Francisco: 13. Total: 31.

"De manera que sumando estos 31 discípulos con los 18, que concurrieron a los Estudios Públicos, (o Colegio de San Carlos), hubo en Buenos Aires, en aquel año, cuarenta y nueve estudiantes de filosofía".¹⁸

Es curioso que, tratándose de un tema, que era fundamental en el celebrado libro de Gutiérrez, y tratándose de un documento que le era bien conocido, pues además de las dos copias que hay, y había, en la Sección Manuscritos de la Biblioteca Nacional, obraba una tercera copia en su propia biblioteca, como puede verse entre los papeles de Gutiérrez, que se conservan actualmente en la Biblioteca del Congreso Nacional, desfigurara así la realidad de los hechos. Ciertamente que consignar que el número de estudiantes de Filosofía en 1773 era de 49, cuando el informe de Basavilbaso, que es el documento conocido por él y por nosotros, consigna 78, poco menos del doble, es un hecho harto inexplicable.

A lo menos en este caso, no es dado decir que hubo ignorancia, mala información, error de transcripción, ya que, además de eliminar la línea correspondiente a los alumnos de Filosofía, que frecuentaban las aulas del Convento de la Merced, 29 en total, tuvo Gutiérrez que hacer otra suma, la que dio un total de 31, en vez de dar 60, y con los alumnos de San Carlos, 78, como se lee en la estadística de Basavilbaso, que es la que él conoció y utilizó.

Al estampar lo que llevamos dicho, no nos ha movido malquerencia alguna contra Juan María Gutiérrez, cuya inmensa labor a favor del conocimiento del pasado reconocemos de grado, sino que nos ha movido el que se considere un "crítico" de ley a quien se valía de procedimientos tan perjudiciales. ♦